

# FRANCISCO GARFIAS: EL POETA DE LAS CARTAS INACABADAS A DIOS

M<sup>o</sup>. Ángeles Varela Olea

Catedrática de la Universidad CEU San Pablo de Madrid

Desde Washington, sintiéndose demasiado lejos de España, Juan Ramón Jiménez (1881-1958) rememoraba con cariño su patria como "un Moguer grande y dominador" que le llevaba a querer mantener contacto con mogueres como el entonces jovencísimo poeta –la carta es del 16-12-1945– Francisco Garfias (1920-2010). Así se expresaba el escritor exiliado al recibir las páginas que Garfias había escrito sobre él para leerlas en un acto conmemorativo en Fuentepiña, el hermoso lugar donde estaba enterrado Platero, "al pie del pino redondo y paternal". Junto a aquellas hojas llenas de admiración al maestro, el más joven poeta le había enviado su primer y entonces único libro de poemas: *Caminos interiores* (1942), escrito el mismo año en que el muchacho empezaba sus estudios universitarios. Aunque era todavía poeta novel, su primer paso en la poesía tenía ya la impronta que marcará toda su trayectoria lírica, y con aquellos

versos como testimonio, Juan Ramón Jiménez declaraba en la misma carta que aquellos poemas mostraban la "calidad interior que también tienen sus versos", a lo que añadía que en poesía "la calidad lo fundamenta todo" (*Cartas: Primera selección*, 1962: p. 378). El poeta consagrado no estaba forzando sus palabras a ser más generosas por cortesía y agradecimiento al compatriota que iniciaba su propia andadura poética. Ese era precisamente el mismo parecer que, sin haber podido leer aquella misiva, tenía el reputado crítico Federico C. Sainz de Robles en 1950, al hacer su *Historia y antología de la poesía española (en lengua castellana) del siglo XII al XX*. Además de tener Garfias el honor de ser uno de los incluidos en tan ambicioso repaso por ochocientos años de poesía, cuando aún era autor de solo dos libros, este crítico escribía sobre sus dos únicos libros en tal fecha eso mismo: que Garfias "en *Caminos interiores* y *El horizonte recogido* ha culminado con una perfecta expresividad, en una impresionante calidad humana" (1955: pág. 228). Para el crítico, la excelencia de su poesía está en ser la "perfecta" expresión de la "impresionante calidad" que el autor tenía como ser humano. E intuyo que el crítico no debía de conocer personalmente a Garfias, pues no habría dejado por escrito como su lugar de nacimiento Madrid de haber cruzado unas palabras con quien tenía la musicalidad andaluza en su hablar. Esta misma afirmación sobre la personalidad del autor la hacen suya quienes lo trataron, pero también quienes la adivinamos en sus versos pues solo lo hemos podido leer. Realmente aún hoy reconocemos en su poesía esa calidad interior que no es una cualidad inherente a todo poeta, por muy habilidoso, imaginativo o genial que pueda ser literariamente. En la poesía de Garfias, está Garfias mismo y su bonhomía.

A pesar de estos tempranos testimonios referentes a la calidad y cualidad interior de su poesía, Francisco



Garfias fue menos social de lo que es habitual para alcanzar la popularidad. Poco propenso a los fastos de la vida pública, no parece que buscara nunca la gloria poética, y su participación en recitales y actos culturales solía obedecer a su amor al verso y a su amistad hacia los organizadores. Por ejemplo, era uno de los poetas de las prestigiosas Alforjas para la Poesía, aquellas lecturas públicas organizadas desde los años treinta por el empresario y también poeta Conrado Blanco. En ellas se dieron a conocer muchos talentos y, cuando su organizador se hizo con la gestión del Teatro Lara, pasaron a celebrarse allí las mañanas de domingo para que el público pudiera disfrutar gratuitamente del encuentro con los autores y sus versos. Como puede verse en el archivo de Garfias, él era un “poeta de Alforjas para la Poesía” que no solo recitaba en dicho teatro madrileño, sino que desde los años cuarenta y durante varias décadas dio lectura de su obra en diversos lugares de la geografía española. En cambio, fue más esporádica su intervención en otros



actos culturales como la conocida y muy prestigiosa Tertulia Literaria Hispanoamericana dirigida por Rafael Montesinos entre 1952 y 2007, que se celebraba en el madrileño Instituto de Cultura Hispánico. Por las sesiones de la Tertulia pasaron los poetas más importantes de la España del siglo XX: Vicente Aleixandre, Gerardo Diego y Dámaso Alonso, poetas de la generación del 36 como Luis Rosales, Leopoldo Panero o Leopoldo de Luis, y desde luego, los poetas del grupo de la generación de los 50 como José Hierro, Claudio Rodríguez, Francisco Brines, Caballero Bonald, Ángel Valente, Carlos Bousoño, Carlos Edmundo d’Ory o Ángel González, quienes después alternaron también con los novísimos. Pocos repetían, pero Francisco Garfias fue invitado al menos en dos ocasiones: en el recital colectivo de poetas que clausuraron el curso 1969 y dos meses antes, para leer y comentar su libro aún inédito, *Aunque es de noche*<sup>1</sup>.

Nos interesa este hecho porque supone el reconocimiento público de su poesía, pero, además, porque el crítico encargado de hacer su presentación en aquel acto explica muy bien los motivos por los que tan gran poeta, sin embargo, no gozaba en 1969 –pero ni siquiera, hoy en día–, del prestigio que debería tener. En la sesión 602 de la famosa Tertulia, celebrada el 22 de abril, Garfias fue presentado por el también poeta y crítico Luis Jiménez Martos (1910-2003). Por entonces, Jiménez Martos era director de la prestigiosa colección Adonais y miembro de su afamado galardón de poesía, y, como autor, él mismo Premio Nacional de Literatura por *Encuentro con Ulises* de ese mismo 1969. Es decir, Jiménez Martos era un reputado poeta y crítico de poetas que habló de Garfias señalando precisamente esos dos rasgos que hoy en día siguen sorprendiendo a quienes se acercan a su obra: su escasa popularidad y, sin embargo, sus muchas virtudes poéticas. Garfias, por entonces, con poco menos de cincuenta años y autor de seis poemarios destacables, es para este otro poeta y crítico cordobés, uno de esos autores que permanecen inmerecidamente en penumbras, y que son de difícil apercibimiento por circunstancias que nada tienen que ver con la calidad de sus versos: “Francisco Garfias tiene sobradamente establecido su lugar en el cuadro de la vida literaria española”. Aunque si algún pintor se atreviera a hacer el retrato conjunto de los poetas contemporáneos, se verían los “pisotones, mordiscos e incluso puñaladas de los empeñados en salir en primera fila”. Sin embargo, sigue Jiménez Martos, “Con Francisco Garfias, con Curro Garfias, no habría problema ni posible colaboración en el tumulto. Suponiendo que acudiera a la cita, de ese más que imaginario y pretencioso pintor, en cuanto notase cualquier síntoma de jaleo se marcharía tranquilamente a su casa pensando, sin malicia, en los resultados catastróficos de la ocurrencia. En caso de quedarse, se colocaría voluntariamente al fondo, donde pudiera comentar el suceso con algún amigo –allí al fondo–, pese al gran peligro, para otros, de no ser bien visto ni para el pintor ni para los futuros contemplantes de esa tela en cinemascopio”.

<sup>1</sup> En el archivo del poeta se conservan estas dos invitaciones de 1969.



Como vemos, otro crítico volvía a subrayar la calidad de su poesía e irremediamente a la vez ponerla en relación con la del ser humano que era, pero, además, explica que esta es precisamente una de las causas por las que Garfias no fue tan reconocido como debiera: "Sí, en la rueda de los poetas hay naturalmente lógicos y mágicos -que dijo el difunto André Maurois-, bullidores y calmosos, oportunistas y fiados siempre en la última oportunidad, *public relations* y amigos de ser privados, convencidos de que la eternidad va a hacerles pronto justicia algún día [...]"<sup>2</sup> Francisco Garfias no era amigo de la vida de "escaparate", no era aficionado a asistir a toda lectura poética en cualquier lugar, ni a buscar conexiones en la prensa para figurar en los medios. Y si era menos conocido de lo que su talento poético merecía era en parte, por su carácter, en parte, por la sombra juanrramoniana de su labor crítica y en parte, por no ser autor de poesía social. Su pudor, su sencillez -quizás timidez- le impedían buscar la primera línea, si bien, participaba en los actos de amigos con cordialidad e interés. Muy conocido por los especialistas por su labor crítica, su creación poética no lo era tanto, por esa misma constante dedicación a la obra de Juan Ramón Jiménez, lo que, por otro lado, era también un acto de humildad que dejaba en segundo plano sus propios versos. Las cualidades de una persona que son virtud para la vida personal, le perjudicaron "a la hora de decir aquí estoy yo", en una sociedad que no reconoce a quien hace las cosas, sino a quien las airea. Pero entrando ya en su obra, esa otra tercera razón es la que marca la naturaleza de su obra poética: su opción por una poesía religiosa generalmente exenta de lo anecdótico. Garfias, en el decir de Dámaso Alonso, habría participado de esa línea luminosa, clara y ordenada de la que denominó "poesía arraigada" de la posguerra y si otros como Luis Rosales evolucionaron a una poesía existencialista, el efímero paso de Garfias por lo social fue eslabón de lo religioso existencial, el asunto fundamental de toda su obra poética.

El compromiso con la realidad lo había llevado al lugar de destino de muchos hombres y mujeres que venían a Madrid buscando mejor vida y desde antes de la guerra se habían ido amontonando en el cerro del Tío Pío, en chabolas construidas con sus propias manos, sin electricidad ni agua corriente y en una terrible situación. Aquel libro de poemas de 1964, *Cerro del Tío Pío*, refleja la dura realidad de las casi cinco mil personas que por entonces vivían en aquel poblado "símbolo de todos los suburbios de España, de todos los suburbios del mundo". El poeta se sintió arrastrado por la corriente existencial hacia ese "mar de barro" con que describe el poblado en que quiso adentrarse con la "abierta ansiedad" del que navega. Y a ese lugar de colores grisáceos y pardos, lleno de pobreza y miseria, el poeta solo lleva dos cosas: "algún Padrenuestro/ y mucha voluntad" (1964: p. 21). Allí encuentra al hombre, a los hombres, con sus miserias y sus luchas: "Ellos eran el cimiento de mi angustia,/ ellos eran la fuerza, la embestida/ del viento en la veleta de mi Sangre,/ la sinrazón o la desgarradura / del plinto de mi fe [...]" (1964: p. 33). De esta obra dirá Jiménez Martos que es el "libro de un poeta cristiano penetrado de verdad", conjugación de poesía social y poesía religiosa, testimonio del suburbio que el poeta presencia "para enseñar a los que no saben".

Vemos entonces en su poética un punto de inflexión del que surgirán, entre otros, dos de los poemarios más honrados, sinceros y hermosos: *Aunque es de noche* (1969) y *La duda* (1971), este último, Premio Nacional de Literatura. En aquella época en que la literatura española se redirigió a lo social, con el consecuente compromiso político de muchos intelectuales, estuvo a veces acompañado de una crisis religiosa y hasta el abandono de la fe ("el Amor fue perdiendo su mayúscula", dirá Garfias). Fue bastante frecuente ver cómo algunos llevados del impulso religioso se acercaron a los problemas sociales, implicándose hasta olvidar el motor que había propulsado aquella aproximación, trastocando su fe en un puro compromiso con el hombre. Así lo expresa en *La duda*: "Dios era el hombre. El hombre era Dios mismo. / Pero el hombre sufría y Dios

<sup>2</sup> Transcribimos las palabras de Jiménez Martos conservadas en el archivo sonoro de la Tertulia Literaria Hispanoamericana, "Tertulia literaria, lectura del libro inédito *Aunque es de noche*: 22-04-1969, Madrid: ICH, 1969. Accesible en <https://bibliotecadigital.aecid.es/bibliodia/es/consulta/registro.cmd?id=4952>.

callaba". Aunque para Garfias ese descubrimiento no conllevará la descreencia, sí significará una reorientación madurada que dota a su poética de un dramatismo antes inexistente. Así, en *El horizonte recogido* (1949) leíamos versos reposados en que el encuentro con Dios acontece en la contemplación, con una calma que tiene por efecto la serenidad: "Silencio de silencio de silencio / y en el silencio, Dios" (p. 91). El Garfias que antaño encontraba a Dios en la soledad y en la paz del campo, ahora lo entreverá en el sufrimiento humano: "Dios, ahora, /se revelaba en el dolor del mundo/ y era como un estado de conciencia/ crujiéndome en el pecho". De la confianza devota, surge la suposición y la duda, la "lucha cruenta", el "grito sin voz", y sus versos pasan a reflejar una tensión que da a esta relación un tinte existencial, arrebatado en ciertos momentos, sereno en otros, y que se convierte en su inestable epicentro; en definitiva, sus poemas reflejan una relación con Dios viva.

Así, su "Autobiografía", incluida en *Aunque es de noche* (1969) presenta el legado a la tradición en lo formal, pero también en lo temático: crisis y reencuentro, manantial divino para la sed humana inspirado por san Juan de la Cruz. Andalúz, con la vista hecha a la cal, el olfato al jazmín y el oído al piano, su alma es la del lobo herido. Su lucha poética es trasunto de su búsqueda de Dios, pues el verso es el cincel de la expresión con que trasladar a las páginas su intensa relación con Dios:

El verso maniatado. El grito roto.  
Cierta desesperanzada esperanza.  
Y Dios, al fin: un fácil imposible.

Vemos a partir de entonces poemarios que son un constante diálogo entre un poema y otro; lo que en uno inicia, el siguiente retoma: la inquietud de uno, amansada en la siguiente página y viceversa. A veces formalmente libre, pero en otras ocasiones pautándose sobre estrofas tradicionales, sin perder la vitalidad por el corsé del cómputo silábico. Sobre sus sonetos había escrito Luis López Anglada que "Pese a la limitación que sus catorce versos pueden poner a su fantasía, los sonetos de Francisco Garfias parecen hervir de vida y arrebató, distinguiéndose por sí mismos de la frialdad y sentido 'artístico' de la mayoría de los actuales sonetos" (1965: p. 126).

Cuando el sufrimiento de la sociedad pasa a concretarse en el de los seres más cercanos a él, encontramos los más maravillosos versos del Francisco Garfias testigo, ayuda, alivio; el apremiante poeta acompañante y cuidador de los enfermos. Su poesía gana así en intimidad compartida y universalizada. Esta es a mi juicio la gran novedad y actualidad que nos hermana a su poesía<sup>3</sup>. Garfias es el emocionado poeta de los enfermos y moribundos que da voz al ser querido que los atiende en el dolor y en el tránsito, viéndolos desaparecer en la enfermedad, para reencontrarlos cuando físicamente han muerto. El enfermo lo lleva a decir "No te conozco", pues la enfermedad transforma al ser querido, o quizás muda los ojos propios que lo miran. El ser enfermo tiembla y son sus manos delirantes las que adelantan el cuidado del poeta. Describe así el gesto del enfermo que, mudo, parece indicar al poeta que lo atiende sus necesidades. Pero como todo testigo de los estragos de una enfermedad, Garfias añora al ser que era el convaliente cuando estaba sano y, dolorido, expresa querer "tu entonces vivo", su primavera en "este otoño ciego" lleno de angustia: "En tu despojo / brote sin paz". El desgarrador terceto final expresa la agonía compartida que también padece el que cuida: "La mano me lo dice. Así no era. / Así no era. Me lo dice el ojo. / La boca me lo tiembla. Y yo lo muero." (1969: p.36)

Para desafiar la soledad en que queda tras el fallecimiento, Garfias llega incluso a solicitar para sí mismo la muerte, entendiéndola como "brizna apenas" del viento existencial, simple instante en una vida eterna,



<sup>3</sup> Sin espacio para desarrollar este aspecto, en lo relativo a esta cuestión en diversos poemarios, remito a mi conferencia "La poesía religiosa de Francisco Garfias: 'la Eternidad crujiéndole en la sangre'", III Congreso Internacional "Autores en busca de Autor", 17 y 18 de octubre de 2019, Universidad Complutense, Madrid, accesible en <https://www.youtube.com/watch?v=JX6o-sIQzQ> (julio 2021)



que le lleva a desearla con tanta calma como impaciencia (1969: p. 37). Acompañar al enfermo en su agonía tomados de la mano, lo hará aproximarse a la unión mística: “Rozó mi antigua espuma tu granito” (1969: p. 38). Años después, aún en *Desde entonces* (1982) referirá lo que ha sido su vida tras aquellas experiencias: pasada la crispación y el grito, convertida en lírica la ausencia del ser querido. Asentada la idea de que la muerte es continuidad de la vida, canalizada en el verso por la pluma. Sus poemas son, por ello, “cartas inacabadas” a Dios, pues se prolongan sin punto final por la naturaleza del no tiempo de la eternidad.

En estos poemarios reencontramos al hijo doliente, al amigo apenado, al hermano solícito ante el dolor físico de los enfermos que acompaña. El proceso de la enfermedad de los seres queridos y la reflexión sobre el sufrimiento humano es la piedra en el molino de su relación con Dios, molienda que le hace rogar que el dolor no se le pudra en la boca. Plantearse la muerte, es plantearse la eternidad, que él verá, tangible y palpable en el cuerpo de quien abandona la carne dolorida para elevarse a lo intangible. Por eso escribe que, tocando la mano del enfermo, se toca el cielo aun sin saberlo. Dios está presente en todo ello: “Estaba en la sonrisa de aquella flor del cáncer. / Ella no lo sabía del todo pero a veces le exaltaban tumultos de Dios por todas partes/ Tanto que repartía Dios en cada mirada./ Tanto que entre las sábanas le crecía,/ abrazándole,/ y se llenaba toda de un Dios multiplicado/ como se llena una hostia grande”. Quien sostiene la mano del enfermo, con ella está tocando “más allá de la muerte y no lo sabe”. Aunque los ojos no nos dejen verlo, junto al familiar postrado y quien lo cuida está presente Dios, hasta el grado de que si nos callamos podremos oír en el enfermo “la Eternidad crujiéndole en la sangre.”

## BIBLIOGRAFÍA

- 
- GARFIAS, FRANCISCO, *EL HORIZONTE RECOGIDO*, MADRID, TALLERES GRÁFICAS VERSAL, 1949.  
GARFIAS, FRANCISCO, *CERRO DEL TÍO PÍO*, BARCELONA, EDICIONES CHAPULTEPEC, 1964.  
GARFIAS, FRANCISCO, *AUNQUE ES DE NOCHE*, RIALP, MADRID, 1969.  
GARFIAS, FRANCISCO, *LA DUDA*, ORIENS, MADRID, 1972.  
GARFIAS, FRANCISCO, *DESDE ENTONCES: CARTAS INACABADAS*, GRÁFICAS SALESIANAS, SEVILLA, 1982.  
JIMÉNEZ, JUAN RAMÓN, *CARTAS. CARTAS: PRIMERA SELECCIÓN*, AGUILAR, 1962: P. 378)  
LÓPEZ ANGLADA, LUIS, *PANORAMA POÉTICO ESPAÑOL: HISTORIA Y ANTOLOGÍA, 1939-1964*, EDITORA NACIONAL, MADRID, 1965.  
SAINZ DE ROBLES, FEDERICO CARLOS, *HISTORIA Y ANTOLOGÍA DE LA POESÍA ESPAÑOLA (EN LENGUA CASTELLANA) DEL SIGLO XII AL XX*, MADRID, AGUILAR, 1955.  
VARELA OLEA, M.ª ÁNGELES, “LA POESÍA RELIGIOSA DE FRANCISCO GARFIAS: ‘LA ETERNIDAD CRUJIÉNDOLE EN LA SANGRE’”, III CONGRESO INTERNACIONAL “AUTORES EN BUSCA DE AUTOR”, 17 Y 18 DE OCTUBRE DE 2019, UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID. ACCESIBLE EN [HTTPS://WWW.YOUTUBE.COM/WATCH?V=JLX6O-SJQZQ](https://www.youtube.com/watch?v=JLX6O-SJQZQ) [JULIO 2021]

ARCHIVO HISTÓRICO MUNICIPAL DE MOGUER: FONDO DE FRANCISCO GARFIAS. INVENTARIO CATÁLOGO, MOGUER 2020. ACCESIBLE EN [HTTP://WWW.AYTOMOGUER.ES/EXPORT/SITES/MOGUER/ES/SERVICIOS/ARCHIVO-HISTORICO-MUNICIPAL/DESCARGAS/INVENTARIO-ARCHIVO-FRANCISCO-GARFIAS-2.PDF](http://www.aytomoguer.es/export/sites/moguer/es/servicios/archivo-historico-municipal/DESCARGAS/INVENTARIO-ARCHIVO-FRANCISCO-GARFIAS-2.PDF) [JULIO 2021]

Archivo sonoro de la Tertulia Literaria Hispanoamericana, “Tertulia literaria, lectura del libro inédito *Aunque es de noche: 22-04-1969*”, Madrid: ICH, 1969. Disponible en bibliotecas del AECID y accesible en <https://bibliotecadigital.aecid.es/bibliodig/es/consulta/registro.cmd?id=4952> [septiembre 2019]